

## DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO, DESDE LA PERSPECTIVA ACTUAL

**S**AAVEDRA Fajardo es un escritor profundo y perceptivo, tal vez el más fino y el más europeo de nuestros grandes del Barroco; por algo era el preferido de Azorín. Como Quevedo (el otro gigante) estuvo metido a fondo en la vida política de su época; viajó por todos los caminos de Europa, en importantes misiones diplomáticas, y desempeñó en Madrid cargos de gran responsabilidad (1).

Saavedra Fajardo tomó plena conciencia de dos fenómenos históricos de la mayor trascendencia. El primero, que le inspiró (como a sus contemporáneos de la llamada «generación de 1635») (2) la más profunda tristeza y frustración, fue el convencimiento de que el Imperio español había tocado techo, y según la inexorable regla que él mismo repitió en su Empresa 60, «o subir o bajar», le tocaba comenzar la decadencia. Su experiencia en Roma primero le hizo ver que Francia (gobernada por un Cardenal Richelieu) y la misma Santa Sede daban prioridad a los intereses políticos y al equilibrio europeo, mientras en España sus Reyes se empeñaban en sacrificarlo todo a la unidad católica de Europa. Su paso por Alemania le hizo desear de que hubiera para ello ninguna solución militar o política, y pudo confirmar al final que el Imperio mismo, regido por la otra rama de la Casa de Austria, acabaría por dejar a España sola ante el empuje.

---

(1) Ver mi libro: *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*; Madrid, 1955; y mi edición antológica de las *Empresas Políticas* (Salamanca, Anaya, 1972).

(2) Cfr. José María JOVER: *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*; Madrid, 1949.



La segunda cosa que entendió (mejor tal vez que ninguno de sus contemporáneos) Saavedra Fajardo, fue la necesidad de ir a un desarrollo económico y educativo de España, sin lo cual (como efectivamente ocurrió) la progresiva desintegración de la hegemonía militar y política podría tener efectos catastróficos. El mensaje de Saavedra no fue entendido ni atendido, y cuando (más de un siglo después) se quiso hacer, en tiempos de Carlos III, ya era tarde. Saavedra era consciente de que en muchas partes de Europa, a pesar de las guerras constantes, se estaba creando una importante riqueza comercial y las bases de una industria importante; mientras que en España, los metales preciosos procedentes de América habían producido un efecto negativo sobre la agricultura y la artesanía, y el resultado final era una combinación de estancamiento e inflación, funesto para nuestro desarrollo económico y social.

Saavedra Fajardo deseaba, por ello, una menor implicación en los asuntos de la Europa central; una política exterior más centrada en los intereses permanentes de España, en el Mediterráneo, el Norte de África y América; y una reconversión del esfuerzo militar principal hacia el poder naval, capaz de hacer frente al esfuerzo creciente de holandeses e ingleses. El tiempo le dio la razón, pues era imposible luchar al mismo tiempo contra el poder militar de Francia por tierra y contra las fuerzas navales combinadas de Inglaterra y Holanda.

Deseaba también un desarrollo agrario e industrial, del cual no solo se ocupó teóricamente, sino en sugerencias concretas, en particular en relación con su amada región murciana. Era hombre de realidades, y muy consciente de la importancia de la política económica, sobre todo en materia fiscal, para fomentar o desincentivar la vida económica.

Como Saavedra se lee bien, más que exponer su pensamiento he intentado presentar sus claves. Saavedra no es maquiavélico, ni siquiera tacitista, aunque conoce muy bien esa literatura (3); defiende, eso sí, la específica naturaleza de la acción política, justificadora de una razón de Estado: «con el imperio se muda de naturaleza, y así se ha de mudar de aspectos y pasiones» (*Empresa VII*).

Basado en la experiencia histórica (4) y en la de su tiempo, Saavedra tiene un concepto de la naturaleza humana que no difiere mucho del de Hobbes: «Ningún enemigo mayor del hombre que el hombre» (5). De aquí que «el fin de la invención de las comunidades es la unión y la paz entre nosotros».

(3) Cfr. Celso PÉREZ CARNERO: *Moral política en Quevedo*. Orense, 1971.

(4) La Historia no sólo interpreta, sino que permite el pronóstico: «Este antever y pronóstico es presagio, que significa adivinación, por discurso en las materias de estado y de la guerra». (Luis CABRERA DE CÓRDOBA, de *Historia para entenderla y escribirla*, 1611, (Ed. Madrid, 1948). Discurso XIV, pág. 113.

(5) En la Respuesta al Manifiesto de Francia, 1635, llega a decir: «En el tiempo que cada uno tenía el cetro de sí mismo y en que un hombre servía de manjar a otro, no había quien no fuese enemigo de todos».



El fin, pues, de las instituciones políticas es la paz «Aquél sería mejor político, que supiere mejor mantener los hombres en paz, amistad y unión». Saavedra dice que el conflicto y la guerra pueden ser inevitables, dentro de la condición humana; pero se ha de procurar siempre la paz, la única que permite «encaminar nuestra vida al fin que se nos dió» y que hace posible «la invención de las artes y las ciencias».

Saavedra es un buen europeo; es un buen español, que entiende y ama a Europa, precisamente Europa (él sabe que lo anterior ha muerto); loca, pero Europa. Conoce y aprecia a los demás países; sabe que todos tienen algo bueno; es partidario de un equilibrio, pero no artificial, ni envidioso, sino natural y con mutuo respeto.

Los hombres de Estado deben luchar incansablemente por la paz y el desarrollo. Saavedra habla reiteradamente al Príncipe del «trabajo glorioso de reinar», que «no es oficio de descanso». Y, en la Corona gótica, dice: «El gobierno de un reino es muy parecido a la navegación, no sólo por las borrascas y naufragios, sino porque ambos han de ser una acción continuada desde el principio al fin, sin que se interponga el ocio». Y añade: «Así, no basta haber empezado bien a reinar, si no se acaba bien» (6).

La acción del gobernante se ha de apoyar en la ley, «el principal instrumento de la dominación», «vínculo de la compañía civil, y la mejor invención que pudo hallar la política para administrar justicia con menos sospecha y odio de los agresores contra los jueces y contra la majestad» (7), por cuanto la sanción está establecida, y como pactada, de antemano. Pero como los remedios en Medicina, el exceso y la multiplicidad de leyes puede ser peligrosa.

Y, sobre todo, Saavedra es plenamente consciente de que es imposible el inmovilismo; hay que respetar la naturaleza dinámica de los cuerpos políticos, que nacen, consisten, mueren y suben o bajan. Leyes, instituciones y gobernantes han de tenerlo en cuenta.

Pero a Saavedra es imposible resumirlo. Hay que leerlo; y hemos de reconocer que las *Empresas* son, desde hace dos siglos, un libro más citado que leído. Y es una lástima, porque aparte del valor de su testimonio histórico, de lo excelente de su prosa, y de la considerable aportación a las ideas políticas, es un libro tan auténtico y tan español que aún resulta estimulante. Para no pocos españoles de hoy, podría acaso ser un comienzo intelectual del difícil camino entre el triunfalismo misonéista y el progresismo irrespetuoso.

---

(6) O. C. pág. 936.

(7) *Corona Gótica*, O. C., página 789.

